

En el juego y la guerra del doctor Kissinger

Religiosamente, cada cuatro años los gerentes políticos del imperialismo en los Estados Unidos, deben salir a la calle a recolectar entre el pueblo norteamericano los votos necesarios para reafirmar su legitimidad y asegurar la continuidad de sus funciones. Como primera operación, tienen que intensificar la campaña permanente de propaganda que les permite en cada momento disipar, en lo que se puede, las recurrentes dudas sobre su personal identificación con las más puras esencias y los intereses de la nación que gobiernan.

Sobre esa base histórica, financiera, militar, logística y simbólica, que es el Estado y la nación, es que ellos pueden sostener su *imagen* democrática, y de guardianes de la estabilidad y de la fortaleza —puesto que ya no de la justicia ni de la paz— del *orden* mundial que sirve a sus fines.

La ocasión a que les obliga el respeto de la Constitución resulta, pues, no sólo favorable, sino necesaria. Y —lo que no es menos importante— les permite reajustar los resortes de un sistema de decisión y control cuya viabilidad y realimentación sólo son posibles en el reaseguramiento de la aceptación de su escenografía como una realidad.

Si las denuncias llegaran, dado el caso, a exceder los márgenes asimilables y se propagaran las suspicacias, el peligro de perder la propia base de sustentación sería grande. Es, precisamente, lo que se ha de procurar evitar, o conjurar, a cualquier costo.

En esta tarea todo es válido: guerras y derrotas, amenazas suicidas de holocaustos atómicos, gestos de dolor, de perplejidad, de preocupación, de amargura y de vacilación; descubrimientos de secretos oficiales inconfesables, reconocimientos de terribles y costosos errores, etcétera. En esta escena fantasmagórica, montada a escala mundial, lo real y lo falso se hacen a la postre indiscernibles. Y la eficacia de la tramoya puede, teórica y prácticamente, medirse por la misma dificultad de oponer a ella una verdad concreta y simple, evidente de por sí y no argumentable, y que no presuponga una visión de la realidad a largo o mediano plazo.

Y sin esta vista más larga, no hay posibilidad de que las cosas aparezcan de otro modo que como de ordinario son presentadas en el duro instante, siempre sorpresivo y temible. Pero, tal visión sólo se logra a través de un largo y tenaz ejercicio colectivo.

Tocamos, pues, lo que está al fondo y a la raíz del carácter temporal y fantástico de todo poder —hecho fundamentalmente de realidades morales; de la forma en que los hombres aceptan y viven el mundo que se les ofrece—, y del carácter alucinante de todo juego.

No ha de sorprender que los pueblos *atrasados* —en relación con el círculo de los poderosos, que ocupa el borde de esa arena— no intenten sacar partido

de estos privilegiados momentos electorales, inevitables para el coloso, y que son para él tan delicados, puesto que cualquier elemento de realidad que se lograra introducir en su tinglado, lo obligaría a renunciar a muchos nuevos ilusionismos programados. Pudiera decirse que una de las mayores dificultades estriba en el firme control que mantiene sobre los canales claves de comunicación, tanto al interior de los Estados Unidos como en las redes internacionales. Pero no hay duda de que también el temor juega un papel decisivo, como en el famoso cuento medieval del rey desnudo bajo su traje invisible.

Podría sostenerse, sin embargo y a la vez, la hipótesis de que cuando cualquier gobierno de un país, por pequeño que fuere ese país, planteado en una instancia de vida o muerte, está decidido, y tiene detrás a su pueblo, su palabra penetra, y el escenario del terror se desvanece. Y que cuando no es éste el caso, todas las observaciones y consejos que se den, quedan al fin flotando en el ingrátido aire académico.

Y podría añadirse a esta hipótesis una regla bien simple: toda vez que el peligro inmediato no se percibe, nunca su mera sospecha permitirá superar el temor habitual a lo desconocido. Y así se verán pérdidas en la política de todos los días las grandes ocasiones, hasta el momento en que se descubre la realidad y la posibilidad, junto con el hecho de que el tiempo se ha pasado, y de que ya es tarde. Éste fue el tema, tantos siglos socorrido, de las danzas de la muerte.

Es por lo que cabe admirar lo que fue en su momento la declaración de Mao, en la entrevista con Anna Louise Strong en agosto de 1946, cuando dijo: "La bomba atómica es un tigre de papel del cual se sirven los reaccionarios americanos para aterrorizar a las gentes. Tiene el aspecto terrible, pero en realidad no lo es."

Asimismo hay que admirar la resolución que tuvo tan clara Fidel Castro, desde 1960. Para no decir nada de la ascética y profunda lucidez política de Ho Chi min, en la distinción que hizo y fue capaz de jugar, entre lo que era la realidad y la conciencia del pueblo norteamericano, por un lado, y el aparato de guerra y de terror de su gobierno.

Cada cuatro años, el pueblo de los Estados Unidos de América presta cierta atención obligada a lo político, más allá de sus problemas y necesidades inmediatas y locales. Y la *intelligentsia* latinoamericana pierde, cada cuatro años, la oportunidad de decirle al pueblo norteamericano, desde dentro de los Estados Unidos, la verdad de la situación de América Latina frente al poder de su país. No se aprovechan esos momentos porque no se les ve, porque no se cree que haya otra cosa de importancia detrás del escenario que montan las candidaturas.

El asunto cobra, sin duda, una muy aguda importancia en medio de la suprema gravedad del momento que viven hoy los Estados Unidos en esta campaña de reelección de la administración Ford-Kissinger.

Los Estados Unidos no enfrentan, en el mundo latinoamericano, a nin-

gún enemigo poderoso ni implacable. A menos que los Estados Unidos consideren que su enemigo es la historia, y quieran retarla a muerte.

Sin duda, los Estados Unidos tienen largas cuentas pendientes con ese mundo, y han de requerir una gran sabiduría para aprovechar los cortos años que se avecinan para redefinir su prosperidad y su posición frente a ese mundo. Pero lo que se le quiere hacer aceptar al pueblo norteamericano es otra cosa.

Con un juego de siniestras mascaradas, el secretario de Estado Kissinger, está personalmente empeñado en darle fuerza de realidad a una serie de grandes sombras falsas que pueden permitirle a los ya bien conocidos intereses industriales y militares que lo respaldan, llevar adelante, hasta sus últimas consecuencias, el negocio de la conquista de todo el continente, mediante la instalación en todos sus países de un fascismo implacable *ad hoc* que logre aplastar todos los movimientos populares y laborales y toda la institucionalidad republicana tradicional.

Esto es el fondo de lo que se juega, pero no puede ser lo que el pueblo norteamericano desea. Sólo una mente afiebrada, y sedienta de un poder efímero, pero de la celebridad terrible de los principados tiranos, puede desear inventar un lugar en la historia sobre los escombros del propio mundo.

Pesadillas de prematuras y frustradas ancianidades de los nacionalismos de antiguos pueblos, la historia nos ofrece demasiados ejemplos de cómo se gestaron y crecieron esos proyectos, a la vista y paciencia de los pueblos inocentes, antes de alcanzar su justo y trágico fin. Pero, la historia nos ofrece tantos de esos ejemplos, precisamente porque llegado el momento, aunque algunos lo veían, nadie quería decirlo.

¿Es posible que el pueblo norteamericano quiera enfrentarse, en relación de dominación omnímoda al resto de América, a un mundo de 300, 400 y pronto 500 millones de hombres? ¿Es posible que en 1976, en medio de la celebración del bicentenario de la independencia de su país, y en el 150.º aniversario del Congreso de Panamá convocado por Bolívar, el presidente de los Estados Unidos y su secretario de Estado compitan con sus oponentes, por la nominación de su partido, en quien afirma con mayor dureza la permanencia de Estados Unidos en Panamá? ¿Y, que los Estados Unidos amenacen a Cuba, por el apoyo prestado a Angola en su lucha de liberación, y por promover la causa de la independencia de Puerto Rico? ¿Y, que el secretario de Estado norteamericano escriba personalmente cartas de mero chantaje a los organismos internacionales que orientan su política global con un mínimo de autonomía? ¿O, que se invista oficialmente al Brasil, al borde de la bancarrota, con el título honorífico de "gran potencia" y de guardián de los intereses transnacionales en la América del Sur? ¿Y, que se trate de engendrar una nueva NATO u OTAN, con Brasil y Argentina, en el Atlántico Sur, para hacerla funcionar como la SEATO en el ya perdido Sudeste Asiático? ¿Y, finalmente, que en medio de una gigantesca ayuda financiera se procure hacer aceptable por imposición, a los poquísimos países que que-

dan de América Latina, la celebración de la Conferencia próxima de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en el Santiago de Pinochet, sede del anfitrión más vergonzante e indigno, para cualquier país libre del continente?

27 de mayo

José María Bulnes